

BOLIVIA - ¿Quién ganó y quién perdió con el paro “cívico”?

Jubenal Quispe

Martes 4 de septiembre de 2007, puesto en línea por [Jubenal Quispe](#)

En una de las esquinas de la plaza de Cala Cala, dos mujeres jóvenes y un varón miran resignados e impotentes la facilidad con que las malditas ruedas de los coches trituran las hojas secas de las palmeras. Están muy nerviosos. Su misión fue hacer cumplir el paro cívico e impedir el ingreso de los coches a la ciudad. Ya son cerca de las 10 de la mañana, y las hojas secas tendidas sobre el asfalto no logran impedir el paso de los automóviles.

Al pasar por allí les pregunté: ¿qué es esto? Ellos respondieron: es un bloqueo por la democracia. Volví a preguntar: ¿acaso democracia se hace con bloqueos? Ellos me gritaron molestos: ¡ahora así se hace la democracia!, ¡Tú debes ser masista!...

Un poco más abajo, camino al centro de la ciudad, encontré a una pareja de mujeres. Bajaban de la zona norte. Una de ellas llevaba un palo envuelto con la bandera nacional, quizás porque era uno de los palos asesinos manchados con la sangre de los “indios invasores” del pasado 11 de enero. No lo sé. Como quería salir de mi confusión sobre el por qué del paro, les pregunté: ¿por qué es el paro cívico? Ellas dijeron: es por la capitalía plena. Yo les dije: ¿en qué beneficia la capitalía plena de Sucre a Cochabamba? Ellas me replicaron: el paro es por la democracia. Les repliqué: para nosotros de la clase media, libertad democrática es lo que sobreabunda en el país. Ellas dijeron, entonces, el paro es en contra de la invasión venezolana. Les dije, pero... Ellas decían es en contra de Evo y su policía que no nos deja bloquear, es en contra de... La conversación se tornó pesada ante la evidencia de la verdad, y ellas se apartaron más perdidas y confundidas que aguja en el pajar.

Los malditos coches seguían triturando con sus ruedas lo que quedaba del bloqueo con hojarascas en la esquina de la plaza de Cala Cala. Oscar Zurita, Presidente de lo que fue el Comité Cívico de Cochabamba, rogaba desesperado, por los micrófonos de los medios de información, para que los cochalos acatasen el paro cívico. Zurita, en su oficina, pensaba en voz alta e, intentando convencerse a sí mismo, decía por los micrófonos: ¡el paro es contundente!, ¡el paro es contundente!

Mientras tanto, las juntas vecinales de la zona sur de la ciudad de Cochabamba, estudiantes de la universidad y algunos vecinos y/o comerciantes impedidos en sus labores, ingresaban molestos y se apostaban furiosos frente a la oficina de Oscar Zurita, en la plaza Colón.

El grupo creció, y las arengas también. “Allí están, éstos son los que joden al país” gritaba el tumulto señalando con los dedos el edificio resguardado por la policía en el que se escondían temblorosos el Sr. Zurita y algunos trabajadores del LAB que para la prensa son el comité cívico. Este espontáneo grupo de vecinos, minutos antes, había derribado completamente el único punto de bloqueo contundente de los trabajadores de la Prefectura, en el puente Quillacollo.

Zurita, subalterno de Manfred Reyes Villa (egresado de la Escuela de las Américas y edecán del ex dictador García Meza), sólo pudo salir de su escondite cuando los vecinos enfurecidos se fueron a sus casas a seguir reprochando los abusos del Prefecto y su comité cívico. Estando ya fuera, Zurita, para cumplir con sus patrones del Comando Camba y sus cofinancieras extranjeras, se hizo traer a una señora de pollera que llevaba sombrero de chola, se la puso a su lado y llamó a sus amigos de la prensa televisiva y volvió a repetir tembloroso, una y otra vez: ¡el paro es contundente!, ¡el paro es contundente! El pobre, ni él mismo creía lo que decía. Como los peones de la industria de la noticia tampoco no les da el cuero para escuchar semejante mentira, se despidieron augurándole: “tenemos que ir hasta el final”.

Luego, Zurita, solitario como vino al mundo, se alejó a la esquina, subió a un taxi y se fue sin rumbo. O tal vez fue a rendir cuentas de su esfuerzo fallido al Capitán Manfred que de seguro le esperaba en su casa de campo. La señora de pollera que posó para la entrevista se quedó como siempre, solitaria e invisible en la plaza Colón. Y así, el embuste del paro cívico contundente por no sé qué se fue por el tuvo de la frustración de la rancia camarilla del seudo comité cívico, ahora, preocupada en justificar su nuevo fracaso ante sus patronos y financiadores.

El país perdió 21 millones de dólares por el día no trabajado. Se afianzó más la polarización entre los bolivianos. Los familiares de las víctimas maldicen la xenofobia fascista de los jóvenes cívicos. Y todos nosotros nos preguntamos: ¿y ahora, después del paro, qué? ¿Quién ganó o quién perdió? ¿No será que en nombre de la democracia estamos cavando la tumba de Bolivia?